

Guie' sti' diidxazá. La flor de la palabra. Estudio introductorio y selección de Víctor de la Cruz. 2a ed. México: UNAM / CIESAS, 2013; 228 pp.

*A la comunidad de Cherán K'eri
A Víctor de la Cruz in memoriam*

El 9 de septiembre de 2015 murió el escritor binnizá Víctor de la Cruz, autor de esta antología de literatura zapoteca. Quienes lo trataron dicen que era duro, lapidario en sus juicios y extremadamente generoso. Poeta, traductor, historiador, editor, maestro, periodista cultural y luchador social, Víctor de la Cruz fue nombrado en 2011 miembro correspondiente en Oaxaca a la Academia Mexicana de la Lengua. En su discurso de ingreso, Víctor de la Cruz habló sobre el estado actual de las literaturas indígenas mexicanas y, en particular, sobre la literatura zapoteca, uno de los temas a los que dedicó buena parte de su trabajo desde distintos frentes. Resultado de este interés es también su obra más conocida: la antología bilingüe de literatura diidxazá¹ *Guie' sti' diidxazá. La flor de la palabra.*

¹ Diidxazá es el nombre con el que se conoce al zapoteco istmeño o de la planicie costera, y es, según el INALI, una de las 62 variantes —o lenguas— de aquello que tradicionalmente se ha dado en llamar, en términos muy generales, “zapoteco”. La literatura a la que se refiere Víctor de la Cruz en esta antología se circunscribe entonces no a la literatura zapoteca en general sino a la literatura producida en lengua diidxazá, la cual es hablada por los binnizá de la región conocida como el Istmo de Tehuantepec. Esta zona está conformada por dos distritos: Juchitán (con 22 municipios) y Tehuantepec (con 19 municipios). Además del Istmo, se suelen diferenciar otras tres áreas geográfico-cultural-

Publicada por primera vez en 1983 por la editorial Premià, y en 1999 en la colección Nueva Biblioteca Mexicana de la UNAM, la obra vuelve a salir a luz en esta misma colección en 2013, en una edición corregida y aumentada. Si consideramos que su primera edición se remonta a los primeros años ochenta, momento en el que apenas empezaba a gestarse un movimiento de revaloración de las lenguas indígenas y de su producción escrita,² resulta evidente entonces la importancia y excepcionalidad de esta antología que da cuenta de un importante cuerpo de literatura producida hasta ese momento por un solo pueblo, los binnizá.³ Posterior a esta, Miguel León Portilla publicaría, en los números 18 (1986), 19 (1989) y 20 (1990) de la revista *Estudios de Cultura*

les zapotecas: los Valles Centrales, la Sierra Norte y la Sierra Sur. El único escritor no binnizá incluido en esta antología es Javier Castellanos, escritor bene xon (Sierra Norte).

² El propio Víctor de la Cruz menciona en su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua (28 de agosto de 2012) a José Luis Martínez como el primero en hacer una distinción entre “literatura indígena” y “literatura indigenista” en su antología *Literatura indígena moderna* (2001 [1942]); sin embargo, las obras que Martínez incluye en su antología y que normalmente se citan como antecedentes de la literatura indígena contemporánea — particularmente *Los hombres que dispersó la danza* de Andrés Henestrosa (1929) y *La tierra del faisán y del venado* de Antonio Mediz Bolio (1922) — no son, en estricto sentido, “literatura indígena” pues, según el propio José Luis Martínez, para que esta literatura sea considerada como tal debería estar escrita “en su propia lengua, con sus propios medios de expresión y que su meollo más substancial fuera el de las propias culturas de donde parten” (2001: 328). Aunque Henestrosa tenía como lenguas maternas el zapoteco y el huave, y Mediz Bolio dominaba el maya, ambas obras están escritas en español y, desde la perspectiva de José Luis Martínez, “su creación se realiza desde la cultura occidental que poseen sus autores y desde su personal perspectiva literaria del pensamiento indígena arcaico. Son, pues, recreaciones modernas de antigüedades indígenas realizadas por hombres que guardan aún un sentimiento y un acervo de tradiciones autóctonas, pero cuyos medios de expresión literaria son occidentales”. Por otro lado, justo por esos años — principios de los ochenta —, el escritor Carlos Montemayor inicia, en Oaxaca, su labor de estudio, difusión e impulso de la literatura escrita en lenguas indígenas. Según Javier Castellanos (2013) Montemayor no fue bien recibido por los escritores oaxaqueños; sin embargo, las impresiones sobre sus encuentros quedaron plasmados en el libro *Encuentros en Oaxaca* (1995).

³ Aunque Víctor de la Cruz refiere a algunos autores de finales del siglo XIX la antología comprende, fundamentalmente, autores que desarrollaron su actividad literaria a lo largo de finales de los años treinta del siglo pasado y hasta la actualidad.

Náhuatl, una antología de literatura náhuatl contemporánea de autores procedentes de distintas regiones del país. Así, al menos para el caso de estas dos lenguas, la aparición de sendas antologías significó, primero, el reconocimiento de la existencia de esta literatura y la vitalidad de las lenguas en las que se producían; y, segundo, el inicio de la crítica literaria en torno a ella.

Pero, ¿qué es lo que Víctor de la Cruz considera literatura binnizá contemporánea? La selección de textos que incluye en su antología constituye una declaración sobre el tema. Así, en la antología aparecen — en forma de apartados y en este orden —:

1) textos de tradición oral que siguen vivos o que sobreviven en la memoria de la gente. Es el caso de algunos ejemplos de *libana* (“sermones”) matrimoniales, una serie de proverbios, un juego-canción infantil al que De la Cruz atribuye origen colonial y una cancioncita tradicional “de indudable origen prehispánico” (10) que reproduzco a continuación:

Puumpu, ca puumpu, ¡au!
ziaba nisa, ziaba guie,
ziaba nanda, ziaba yu.

Puumpu, ca puumpu, ¡au!
ma' chegará guidxilayú

(“Ziaba nisaguié”, 64).

Cántaro, los cántaros, ¡au!
caerá agua, caerán piedras
caerá frío, caerá tierra.

Cántaro, los cántaros, ¡au!
ya se va a acabar todo el pueblo
de la tierra

(“El diluvio”, 65).

2) poemas de autor escritos en zapoteco;

3) canciones de autores conocidos escritas desde principios del siglo XX para acompañar sonos tradicionales (antes — dice Víctor de la Cruz — la música de los zapotecos era básicamente instrumental);

4) narrativa escrita en diidxazá, y

5) narrativa escrita en español por zapotecos y con temática binnizá. En estos dos últimos apartados se incluyen relatos tomados de la tradición oral cuya autoría se asigna a un recopilador o un recreador⁴ y, formando el conjunto de la narrativa escrita en

⁴ Llama la atención que, a diferencia de los libana, proverbios, cancioncitas, etcétera, a los textos narrativos sí se les atribuye una autoría. Suponemos que esto se debe a que,

diidxazá, un fragmento de la novela *Cantares de los vientos primerizos* del escritor Javier Castellanos (1994).

Enmarca los textos presentados en esta antología un estudio introductorio en el que Víctor de la Cruz, además de discutir algunos aspectos históricos y lingüísticos de los binnigula'sa' — antiguos zapotecos —, presenta una breve historia de la literatura diidxazá y, ligada a ésta, una disquisición sobre los géneros literarios binnizá antiguos y contemporáneos.

Respecto a esta cuestión, a partir del análisis filológico de algunas palabras del vocabulario de Juan de Córdova (siglo XVI) y de la pervivencia de ciertos géneros en la tradición oral, Víctor de la Cruz propone una clasificación de los géneros “desde una teoría literaria propia, a partir de lo que nos heredaron los binnigula'sa'”; en donde podemos continuar los zapotecos contemporáneos para desarrollar una retórica propia actual” (27); su criterio de organización es funcional; así tenemos: 1) géneros sagrados, entre los que se incluyen relatos míticos, poemas y canciones (actualmente llamadas *riuunda'* o *liuunda'*); 2) géneros didácticos, entre los que se encuentran sermones (*libana*), proverbios (*diidxagola*) y narraciones, relatos o crónicas históricas (antiguamente llamadas *tichahuenilàchi*); 3) géneros de entretenimiento, entre los que se consignan el cuento (*diidxaguca'*), narraciones fantásticas o “mentiras” (*diidxa' xhihui'*),⁵ chistes (*coquiite diidxa'*) y, finalmente, la novela que Córdova registró con la palabra *tichacànitichaci*, *tichacoquíte*, aunque De la Cruz admite que desconoce a qué tipo de texto se estaría refiriendo el fraile.

aunque ambos tienen su origen en la tradición oral, los textos narrativos son menos fijos que los primeros y en su hechura opera un ejercicio de reconstrucción de la memoria. Esto, por lo demás, nos lleva a reflexionar sobre las cuestiones —ya discutidas por los críticos— del recopilador como creador, la textualización de la oralidad como proceso creativo, y los límites entre literatura y recopilación etnográfica.

⁵Sobre este género cabe decir que no sólo aparece en la tradición oral tsotsil, como reconoce Víctor de la Cruz (36), sino también en la tradición oral hispánica con el nombre de “charras”. En la tradición oral p'urhepecha también tenemos ejemplos de este tipo de narraciones (véase Villar Morgan, 2004).

De estos géneros, los que sobreviven y que figuran en la antología son tres ejemplos de libana⁶ —uno más que en la edición de 1999—, algunos *diidxagola*, algunos *diidxaguca*’ (particularmente los ya famosos en varias tradiciones mexicanas del Conejo y el Coyote, en la pluma de Jeremías López Chiñas); dos narraciones entre la “mentira” y el chiste, tomadas de la voz de Andrés Henestrosa. Una “mentira” recreada por Víctor de la Cruz (“El que fue a aprender a mentir”);⁷ dos narraciones fantásticas recopiladas por Macario Matus (“El estornudo de don Lucio” y “Las sandías”), y otra de difícil clasificación, de Enedino Jiménez, “Historia de un anciano que reparte albahaca”. Finalmente, entre las leyendas aparecen: dos textos de *Los hombres que dispersó la danza* de Andrés Henestrosa (“La campana” y “La fundación de Juchitán”), uno de Gabriel López Chiñas (“El zopilote”) y uno más de Gilberto Martínez y Víctor de la Cruz (“El zanate y san Isidro”). En general, estos relatos se pueden caracterizar por contener elementos provenientes de diversas tradiciones —historias bíblicas o santos católicos, por ejemplo— adaptados a circunstancias regionales; o bien, relatos locales en los que predomina “la viveza, la gracia sensual, el noble orgullo y la sonrisa de los zapotecas” (Martínez, 2001: 335).

Otros tres géneros incluidos en la antología, más personales y que parecen de acuñación más reciente —pues no contamos con registros antiguos—, son la poesía, las canciones y la novela.

La poesía, sin duda, es el género que cuenta con un mayor número de representantes dentro de la antología y —a diferencia de otros como la narrativa, que generalmente se nutre de la tradición oral local— el que presenta, además de una voz más per-

⁶ Aunque De la Cruz sólo menciona tres libana y deja entrever lo difícil que le fue recopilarlos, un poco antes de que saliera a la luz esta edición el escritor y lingüista Víctor Cata publicó el libro *Libana* en el que recupera diez libana tradicionales, reconstruye cuatro más y agrega dos libana de rezos (Terán, 2012). El género parece que actualmente tiende a desaparecer (Cata, 2012).

⁷ Los cuentos que giran en torno al personaje del Mentiroso no son exclusivos de la tradición oral zapoteca; al menos, yo también los he escuchado tanto en la Tierra Caliente como en la región purépecha de Michoacán.

sonal, una variedad temática más rica: hay poemas sobre el amor y el desamor, sobre Juchitán y sus habitantes, sobre la nostalgia y la muerte, sobre hechos y personajes históricos, sobre la lengua, la identidad y su pérdida, sobre la naturaleza, sobre la maternidad, etcétera. Esta sección es, además, la que se fue enriqueciendo con un mayor número de poetas en cada edición. Así, de la edición de 1983 a la de 1999 se incluyeron poemas de Víctor Terán, Feliciano Marín y Natalia Toledo; a los que se sumaron, en la edición de 2013, poemas de Irma Pineda. Es en algunos poemas de esta última y de poetas como Natalia Toledo donde se puede ver reflejada — a diferencia de las generaciones anteriores cuya poesía es de tono más costumbrista — una propuesta estética que poco a poco ha ido caracterizando la poesía en lenguas indígenas: por un lado, el uso de temas, motivos e imágenes de las culturas en las que se gestan y, por otro, la reelaboración de recursos poéticos que se han definido como *característicos* de la oralidad (repeticiones, enumeraciones, etc.) (Lepe Lira, 2010).⁸ En el poema de Pineda “Qui zuuyu’ naa gate” (“No me verás morir”) (129-130), se pueden observar ambas características:

Qui zuuyu’ naa gate’	No me verás morir
qui zanda gusiaandu’ naa	no podrás olvidarme
Naa nga jñou’	Soy tu madre
bixhozel’u	tu padre
diidxa’ yooxho’ bixhozegolalu’	la vieja palabra de tu abuelo
guira’ ni ma’ bisiaa ca dxi ca lii	la costumbre de los tiempos
nisa ruuna ti guesa ma’ stale dxi	la lágrima que brota de un anciano
bibani	sauce
ti na’ yaga ni jmá nabana’	la más triste de las ramas entre
biniti lade bandaga	perdida entre las hojas
Qui zuuyu’ naa gate’	No me verás morir
ti naa nga	porque soy
ti dxumisú	un cesto de carrizo
ra caniibi ru’ na’	donde aún se mueven las tenazas

⁸ Desgraciadamente, más allá del reconocimiento de algunas características generales de la poética de la oralidad, desconocemos mucho de esa poética en las lenguas particulares.

bixhoze bendabua'	del papá del camarón
benda ni gudó diuxi	el pescado que Dios comió
beenda' ni bichá ruaa ti lexu	la serpiente que devoró un conejo
lexu ni gudxite gueu'	el conejo que siempre se burló del
	coyote
gueu' ni gubi lidxi bizu	el coyote que tragó un panal de
	avispas
dxiña bizu ni rindani lu xidxe'	la miel que brota de mis senos
xquipilu' nga naa	tu ombligo soy
ne qui zuuyu' gate'	y no me verás morir [...]

Dice Víctor de la Cruz que si bien la poesía fue el principal género que desarrollaron los primeros impulsores de la cultura binnizá fuera de su lugar de origen — en las ciudades de México o Oaxaca —, fue en las canciones en donde empezó, a finales del siglo XIX, una revaloración y renovación de la lengua zapoteca en el corazón de su territorio — y particularmente en Tehuantepec, antes que en Juchitán —. Entre los compositores cuyas obras ocupan un lugar en esta antología están: Eustaquio Jiménez Girón, Carlos Iribarren Sierra, Juan Stubi (Juan Jiménez), Rey Baxa (Manuel Reyes Cabrera), Pedru Baxa (Pedro Cabrera) y Ché Dró (Cándido Zárate Regalado).⁹

Como ya mencionamos, del género de la novela aparecen en esta antología algunos fragmentos de *Cantares de los vientos primerizos* (1994), de Javier Castellanos, una de las obras más representativas de la literatura contemporánea en lenguas indígenas.

Al inicio de su antología Víctor de la Cruz recurre a un antiguo proverbio zapoteco para expresar la continuidad de la palabra en las propias palabras enunciadas: *Diidza' ribee diidxa'*, que De la Cruz traduce como “Las palabras generan palabras”. Un proverbio que, para el caso de los binnizá, suena a destino: pocos pueblos indígenas en México han tenido tal continuidad y productividad en el cultivo de la palabra, como consta en la abundante

⁹ Anterior a la *Flor de la palabra*, Víctor de la Cruz publicó una recopilación y estudio de canciones zapotecas en un libro titulado *Canciones zapotecas de Tehuantepec* (1980).

producción literaria a lo largo ya de ocho décadas.¹⁰ Así, en cuanto a la literatura escrita se suelen reconocer hasta ahora cuatro generaciones de escritores binnizá (véase Pineda, 2012):

- 1) Los escritores postrevolucionarios reunidos en torno a la Sociedad Nueva de Estudiantes Juchitecos en la ciudad de México —fundada por Enrique Liekens y Jeremías López Chiñas— y uno de cuyos órganos de difusión fue la revista *Neza*. Miembros de esta generación fueron, además de sus fundadores, Andrés Henestrosa, Gabriel López Chiñas y Pancho Nácar.
- 2) Una segunda generación de escritores cuyo trabajo se desarrolla desde los años setenta —y que está inevitablemente unido a la lucha social de aquellos años—, conformada por los escritores Víctor de la Cruz, fundador y director de la revista *Guchachi' Reza* (“Iguana rajada”) y Macario Matus, “el escritor más prolífico que ha dado el Istmo, con más de una treintena de libros publicados” (Pineda, 2012: 300).
- 3) Como resultado de los talleres literarios emprendidos en la Casa de Cultura de Juchitán —fundada por Francisco Toledo y Víctor de la Cruz, y bajo la dirección por diez años del escritor Macario Matus— surgirá, en los años ochenta, otra generación de escritores; de esta generación figuran en esta antología obras de Víctor Terán, Enedino Jiménez, Feliciano Marín, Natalia Toledo e Irma Pineda.

Actualmente, una nueva generación —aunque no incluida en la obra de Víctor de la Cruz— irrumpe en el panorama de la literatura binnizá; entre ellos Pineda (2012: 302) menciona a Víctor Cata, Luis Amador, Gerardo Valdivieso y Gubidxa Guerrero.

¹⁰ Si bien para la literatura náhuatl y maya se puede trazar una continuidad de siglos (Lienhard, 1990), el caso de los binnizá es particularmente sobresaliente pues, aun sin contar con los antecedentes de estas otras dos literaturas, ha producido actualmente una de las más ricas literaturas en lenguas indígenas.

Pero, ¿a qué se debe la excepcionalidad de los binnizá en el panorama de la literatura de los pueblos originarios de México? Se puede aducir que a su ubicación geopolítica, a su poder económico en la región, a su conformación urbana antes que rural — caso excepcional entre los pueblos indígenas del país —, a su cosmopolitismo derivado de la afluencia de inmigrantes extranjeros a la región gracias al ferrocarril transístmico — inmigrantes que terminaron por adaptarse a la cultura regional —, a la presencia de intelectuales y artistas mexicanos y extranjeros que construyeron en la región de Istmo uno de los más grandes imaginarios sobre la etnicidad, a la posibilidad de sus creadores de formarse en las ciudades; sin embargo, por encima de todo, lo que prevalece es la existencia de un pueblo con un férreo arraigo a las raíces culturales,¹¹ y esto es particularmente cierto en el caso de Juchitán: en el campo de las letras, por ejemplo, 16 de los 20 autores incluidos en la antología son juchitecos. Ya sea desde la ciudad de México o en su propio territorio, los juchitecos se organizan, forman asociaciones, fundan revistas, crean casas de cultura en donde estudian, discuten, crean y recrean su cultura. Respecto al particular espíritu del pueblo juchiteco, Carlos Monsiváis dice:

Ignoro en qué consiste exactamente la radicalidad de la experiencia juchiteca, pero la supongo vinculada a los componentes duros y amargos de lo que, desde fuera, advertimos como chovinismo o localismo a ultranza. Juchitán ha luchado contra todos, se ha visto sojuzgada y aplastada, ha contemplado el sacrificio de sus líderes, el saqueo de sus recursos naturales, la traición de algunos de sus hijos, los amagos corrosivos de una homogeneización que los afecta pero no los incluye. Y su anhelo de persistencia, con mucho de acto heroico y mucho de conducta inevitable, se presenta sólo como tradicionalismo, siendo también otras cosas:

¹¹ Para un recuento de la historia y la cultura de los zapotecos del Istmo, véase Acosta Márquez (2007). Desgraciadamente, a pesar de la voluntad de algunos binnizá, la lengua diidxazá está cayendo en desuso: “a la fecha, Juchitán tiene alrededor de 93 000 habitantes de los cuales menos del 50% hablan el zapoteco (INEGI, 2010)” (Cata, 2012).

autodefensa, aspiración agrícola, utopía campesina, amor a una lengua y sus contornos literarios y artísticos (1983: 46-45).

Particularmente relevante para el impulso de la lengua y la cultura binnizá de Juchitán fue la conformación, en los años setenta, de la Coalición Obrero Campesino Estudiantil del Istmo (COCEI), que, como respuesta al fracaso de los proyectos modernizadores, el despojo de tierras y el abuso del partido en el poder, conformó un movimiento político guiado “por tres principios fundamentales: la lucha por la tierra, la autonomía política y la reivindicación étnica”; pero, además, “los coceístas hicieron de la cultura e identidad zapotecas [incluida la lengua] una prioridad de su proyecto político” (Acosta Márquez, 2007: 50-51). Entre ellos, personalidades como Francisco Toledo, Macario Matus y Víctor de la Cruz intentaron “con rigor reconstruir el legado histórico y cultural de Juchitán. Ellos, al coincidir con el deseo de rescatar la dignidad política, vigorizan la doble ampliación de perspectivas” (Monsiváis, 1983: 7).

De aquellos años queda, pues, esta antología: testimonio del compromiso de uno de sus protagonistas, ejercicio de recuperación de la memoria, anhelo de persistencia y libro fundamental para entender la historia de la literatura en lenguas indígenas en México.

SUE MENESES ETERNOD
ENES, UNAM Morelia

Bibliografía citada

- ACOSTA MÁRQUEZ, Eliana, 2007. *Zapotecos del Istmo de Tehuantepec*. México: CDI. (Pueblos Indígenas del México Contemporáneo). En línea: http://www.cdi.gob.mx/boletines/zapotecos_istmo_tehuantepec.pdf
- CASTELLANOS, Javier, 2013. “Los críticos de la literatura indígena”. *Ojarasca*, suplemento mensual del diario *La Jornada*, número 190 (febrero). En línea: <http://www.jornada.unam.mx/2013/02/09/oja-criticos.html>

- CATA, Víctor, 2012. "Libana. Zapotec ceremonial speech". Presentación en el seminario Endangered Languages and Indigenous Knowledge. Recovering Voices. Washington, D. C., 8 noviembre 2012. En línea: <http://recoveringvoices.si.edu/pdf/VC%20Pres%20-%20Victor%20Cata%20y%20Emiliano%20Cruz%20Santiago%20Poster.pdf>
- DE LA CRUZ, Víctor, 2012. "Las literaturas indígenas mexicanas". Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua. Leído el 28 de agosto de 2012. En línea: <http://www.academia.org.mx/Victor-de-la-Cruz-Perez>
- LEPE LIRA, Luz María, 2010. *Lluvia y viento, puentes de sonido. Literatura indígena y crítica literaria*. Monterrey: Universidad Autónoma de Nuevo León / Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León.
- MARTÍNEZ, José Luis, 2001 [1942]. "Literatura indígena moderna". En *Literatura mexicana del siglo XX, 1910-1949*. México: CONACULTA, 325-335.
- MONSIVÁIS, Carlos, 1983. "Crónica de Juchitán". *Cuadernos Políticos* 37 (julio-septiembre): 46-55. En línea: <http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.37/CP37.5CarlosMonsivais.pdf>
- PINEDA SANTIAGO, Irma, 2015 [2012]. "La literatura de los Binnizá. Zapotecas del Istmo". En *De la oralidad a la palabra escrita. Estudios sobre el rescate de las voces originarias en el sur de México*, coord. Floriberto González González, Humberto Santos Bautista *et al.*, Chilpancingo: El Colegio de Guerrero y Editora Laguna, 293-310. En línea: <http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/7/3098/15.pdf>
- LIENHARD, Martín, 1990. *La voz y su huella: Escritura y conflicto étnico-social en América Latina (1942-1988)*. La Habana: Ediciones Casa de las Américas.
- TERÁN, Víctor, 2012. "El libro *Libana* de Víctor Cata". *Quadratin* (Oaxaca, 26 de julio). En línea: <https://oaxaca.quadratin.com.mx/Victor-Teran-El-libro-%C2%93Libana%C2%94-de-Victor-Cata/>
- VILLAR MORGAN, Karla, 2000. "Ch'anantirakwa: un caso de la tradición oral purépecha". Tesis de licenciatura. México: ENAH.